

George Sand

TAMARIS



Novela perteneciente a la cuarta etapa de George Sand, donde se aprecia la continuidad con la obra anterior, la más romántica de su primera época junto con los nuevos escenarios de su tercera etapa idílico-campesino-social, con tintes históricos evocadores del pasado de su región natal o de otras conocidas.

## PRÓLOGO

*Armandina Lucila Aurora Dupin, más conocida por el seudónimo de «George Sand», nace en Nohant (Berty) el 1 de julio de 1804. A los cuatro años queda huérfana de padre, un oficial de caballería llamado Mauricio Dupin, descendiente de Mauricio de Sajonia y nieto de un mariscal de Francia. La pequeña quedará al cuidado de su abuela paterna en la residencia campestre de ésta, que tanta influencia ejercerá en la vena bucólica y naturalista de la futura escritora. En 1817, contando trece años, su abuela la lleva al convento de las monjas Agustinas Inglesas radicado en París. En este ambiente conventual y como consecuencia de las crisis de la adolescencia, marcadas de una manera singular en Aurora por su exquisita sensibilidad, sufre arrebatos místicos. Allí compagina la educación humanística (Leibniz, Aristóteles, Locke, Condillac, Chateaubriand, de quien por entonces alcanzaba gran éxito su obra titulada El genio del cristianismo, de tinte conservador y cuyas tesis defienden los principios de la llamada «Europa Restaurada» — 1814-1830—, una vez derrotado el «genio del mal», para los conservadores europeos personificado en Napoleón; este autor, Chateaubriand, conseguirá por entonces gran predicamento en el ánimo de la joven Aurora). Pero, alarmada la abuela por las tensiones anímicas de su nieta, la lleva con ella a su posesión de Nohant en 1820. Hacia estos años toma su habitual, y por lo cual será conocida entre sus contemporáneos, manera de vestirse a lo masculino, así como a fumar en pipa, etc., y a declararse ardiente feminista.*

En 1822 casa con Maurice Dudevant, militar retirado, dedicado al cultivo de sus fincas. De este matrimonio nacerán dos hijos: Mauricio y Solange. La vida de Aurora transcurre hasta 1831 plácidamente, pero en este año tiene lugar la separación amistosa de los dos cónyuges, debido a los contrapuestos temperamentos de ambos y a la vulgaridad del marido. Por estos años, y antes de su separación, Aurora escribe cartas a un magistrado que había conocido en Cauterets, correspondencia que será prolongada por espacio de dos años, hasta que en el amor de Aurora es sustituido por un intelectual, Ajasson de Grandsagne, a quien conoció hacia 1827. Por entonces, en 1829, escribe una novela que no publicará, titulada *La madrina*.

En 1831 se instala en París con su nuevo amante: Jules Sandeau. Aquí comienza la verdadera ascensión literaria de Aurora, y en colaboración con Sandeau escribe una novela para el periódico «*Le Fígaro*», titulada *Rosa y Blanco*. Pero surgen desavenencias entre los dos amantes y uno marcha a Italia, Sandeau, mientras Aurora queda en París y publica *Indiana* (1832), en la cual firma por vez primera con el seudónimo por el que será conocida en la literatura: «George Sand». Poco después publicará la novela *Valentina*, relato en el que ya se deja entrever lo que será su estilo, lleno de delicadeza, emoción, imaginación y fantasía, matizado todo ello con sus propias experiencias. Conoce en estos años a *Merimée*, con el que mantiene relaciones amorosas, pero éstas serán cortas, y al poeta *Musset*, quien le inspira una ardiente pasión consagrada por ambas partes en *Fontainebleau*. Publica una nueva novela titulada *Lelia*, novela que marca el apogeo de su rebelión contra la sociedad francesa de su tiempo, escrita en un acceso de depresión psíquica, religiosa y política. Es el apasionado grito de una mujer herida íntimamente por la incompreensión que la rodea y que sólo encuentra a su alrededor soledad e ingrátitud.

Con *Musset*, realiza *George Sand* (desde ahora la llamaremos así), un viaje a Italia para que el poeta se reponga de

su tuberculosis. Allí se enamora del doctor que trata a Musset y éste, sintiéndose quizá traicionado, huye a Francia. Al poco tiempo le seguirá George Sand y vuelven a unirse, para separarse definitivamente en 1835. George Sand disfruta ahora de un nuevo amante: Michel de Bourges, abogado. 1834 y 1835 serán años de gran producción literaria para la Sand, pues publica *Romans et Nouvelles*, compuesta por cuatro relatos titulados «Le secrétaire intime», «Lavinia», «Metella», «La marquise» y las novelas Andrés y Simón. En 1837 muere la madre de George Sand y terminan sus relaciones con Bourges; G. Sand publica *Lettres d'un voyageur* y la novela *Mauprat*. Aprovechando unas vacaciones en Suiza con sus dos hijos conoce al compositor polaco Chopin, y en noviembre de 1838 George Sand, Chopin, y el hijo de aquella marchan a Mallorca para intentar la curación del compositor tuberculoso y del hijo de la Sand, quien también padecía del mismo mal. Se retiran al monasterio de Valldemosa siendo víctimas de la hostilidad de la sociedad mallorquina. La situación nos la contará George Sand en la obra *Un hiver a Majorque*, donde relata todo lo sucedido en el periodo comprendido entre 1838-39, durante el cual vivió con el músico en esta isla balear. En 1847 termina la relación amorosa Sand-Chopin, pero, mientras tanto, aquella publica *Gabriel, Consuelo, Horacio, La condesa de Rudolstadt, Jeanne, Le meunier d'angibaut*, (1845), etc., todas influidas por las ideas de Lamennais, (1782-1854), escritor francés de tendencia nacionalista y no creyente, humanitarista y de tendencias democratizantes en todos los aspectos de la vida, que marcan ya el cambio próximo que Francia iba a conocer (Revolución de 1848; instauración de la II República, etc.). Entre 1845 y 1848 publica la Sand *La charca del diablo*; colabora en el «*Bulletin de la Republique*» e interviene en los sucesos de 1848. Desengañada por el cariz que los acontecimientos habían creado en Francia con la Revolución del 48 y su posterior fracaso, decide retirarse de la política y marcha con

su nuevo amante, el grabador Manceau a Gargillesse, convertida ya en una abuela tranquila. Sigue, no obstante, publicando novelas como *Histoire d'une vie*, por entregas, *Danielle* (1857), *Maitres sonneurs*, etc.; hace viajes frecuentes a París, encaminados a visitar a sus amigos Renan, Flaubert, Taine. Escribe en su retiro varias novelas y publica un relato, que levantará gran polvareda, sobre sus relaciones amorosas con Alfredo Musset (*Elle et Lui*), siendo contestado por éste (*Lui et Elle*). Su amigo Sainte-Beuve intenta sea acogida en la Academia francesa, pero su candidatura será descartada, lo que provoca una polémica sobre la entrada en esta institución de las mujeres. A ésta responde la Sand con un folleto sarcástico, desenfadado, echando en cara a la sociedad de su tiempo la hipocresía (*Pourquoi les femmes a l'Accademie?*). En 1863 publica su novela *Mademoiselle la Quintine*, obra que ejercerá una gran influencia en el realismo literario posterior. El año 1876 moría George Sand en su casa de Nohant, no habiendo dejado ni un solo momento de escribir.

A partir de la publicación de *Indiana*, en 1832, es cuando puede hablarse ya de un estilo definido en la producción de nuestra novelista. En ella, característica de su primer periodo literario, están presentes las ideas de Juan Jacobo Rousseau, creyendo que todo, al salir de las manos de la Naturaleza, es perfecto, puro, bello y agradable, pero la vida cotidiana, las conveniencias sociales y la misma cultura, vista como defensa e institución de unos pocos, hacen perder la pureza de los instintos naturales. La escritora reacciona contra la hipocresía de su ambiente, mejor dicho, contra los creadores de esta mentalidad, la burguesía francesa, sustentadora de la «monarquía burguesa» de Luis Felipe, institución que representa la entrada de Francia en el periodo histórico denominado «revolución industrial». La novela ataca a esta clase social, a sus bailes, salones y a su

vida en las ciudades. Pero es a partir de 1830 cuando comienza una división profunda de la sociedad, consecuencia de la definitiva emancipación de la burguesía y la instauración del sistema económico y social que le es característico: el capitalismo. Se abre un nuevo periodo de luchas político-sociales entre la clase dominante, la burguesía, y otra nueva clase, el proletariado, en ascenso, todavía con una filosofía utópica, pero ya decidida a luchar, aunque sus aspiraciones coincidan con ciertos sectores de las clases medias, los demócratas, uno de cuyos miembros luchadores será George Sand, colaboración quebrada definitivamente en la revolución de 1848, que dará lugar a la caída de Luis Felipe, en 1848, la implantación de la II República (1848-51) y el posterior Segundo Imperio de Luis Napoleón (1851-71), tras el derrocamiento de la República.

De 1830 a 1850, la literatura en Francia cambia de sesgo y con ella George Sand, aunque ésta seguirá afecta a ciertos tintes romántico-idealistas de la etapa anterior. Del «Romanticismo» se pasa al «Realismo» por la obra de Balzac y Flaubert (*Madame Bovary*) mudados por el nuevo contexto social, pues el capitalismo y los conflictos de la nueva lucha de clases, es decir, como señala A. Hauser «tanto el racionalismo económico como la ideología política expresada en los términos de la lucha de clases incitan a la novela, al estudio de la realidad social y de los mecanismos psicológicos sociales». Será ésta la segunda etapa literaria de George Sand plasmada en una continuación de su anterior novelística romántico-rousseauiana, pero cargada ahora con las nuevas ideas socialistas-utópicas de un Le-roux, su amigo íntimo, influido por los primeros teóricos franceses de este movimiento (Proudhon, Saint-Simon, Louis Blanch). La escritora enfrenta la injusticia frente a la virtud, la bondad de los humildes, frente a la arrogancia de los poderosos, las posibilidades de creación de un mundo nuevo y justo a través del amor (*Jeanne*, publicada en 1847, es una muestras de la dicha tendencia), que demues-

tran el ingenuismo de la Sand y cómo ya iba quedando superada por los propios acontecimientos.

Por entonces aparece también un tipo de novela que tendrá enorme difusión entre las clases menos pudientes: la novela por entregas (Eugenio Sué, su principal cultivador, con *Los misterios de París*, *El judío errante*). Sus autores suelen ser de ideas socialistas y en esta faceta también colaborará George Sand, junto al joven Alejandro Dumas. Por entonces nuestra escritora colabora en la revista «*L'Eclair*» y se muestra en desacuerdo con la monarquía burguesa y moderada de Luis Felipe; a la vez, se retira nuevamente a sus posesiones de Berry, al castillo de Nohant, y allí se dedica a tomar contacto con los campesinos, intentando plasmar sus ideas, gustos y creencias, así como la injusticia de la que son víctimas, en sus novelas como *La charca del diablo* (1846), *François le Champ*, y otras que coinciden con la segunda revolución de 1848 en Francia. Es su tercera época, dedicada a los temas de ambiente campesino, idílico muchas veces, con personajes idealizados, notas autobiográficas y recuerdos de la infancia vividos en los lugares que conocía. La visión de la realidad social del campo está matizada por la poesía y el amor romántico, tal como ella lo experimentó y sintió: exaltación, rebeldía, misterio. Sus personajes femeninos son los más acabados, los más superiores por su generosidad y desinterés.

Fracasada la revolución de 1848 y desengañada la autora, quizá por no comprender ya la nueva época que se inaugura con este acontecimiento que tendrá repercusiones en toda Europa, sigue en su retiro campestre, dedicada a sus nietos y a la elaboración de novelas. Este retiro marcará la cuarta etapa de George Sand con novelas como *Juan de la Roca* (1860), *El marqués de Villemer*, publicada en 1861, y la que ahora incluimos en esta colección «*Púrpura*», titulada *Tamarís*, aparecida en 1862.

En estas novelas se aprecia la continuidad con la obra anterior, la más romántica de su primera época junto con

los nuevos escenarios de su tercera etapa idílico-campesino-social, con tintes históricos evocadores del pasado de su región natal o de otras conocidas. Contrapone la vida campesina, sana y tranquila, a la ciudadana, egoísta y sórdida. El campo constituye la escena principal de sus argumentos idílicos, ahora con un tinte aristocraticista o de burguesía acomodada, que hacen de estas últimas producciones un antecedente de las novelas-rosa actuales. En estas novelas de su etapa final se nos muestra imaginativa, soñadora, con un lirismo amoroso fuertemente idealista, aunque no por eso deja de plasmar la realidad de las características mentales de los personajes que describe, principalmente aristócratas o burgueses acomodados, pero matizando sus juicios con la experiencia, un tanto falsa y moralizante, de «mujer de mundo». En Tamarís se dan todas las características señaladas para esta cuarta etapa, por lo que pasamos por alto el contar al lector el argumento, que él mismo podrá leer y juzgar.

Esta cuarta etapa de George Sand, supone un cansancio y un abandono de los temas tratados en su producción anterior, pero de ninguna manera un apartarse de su línea inicial de pensamiento, pues George Sand, lo que fundamentalmente representa en la historia de la literatura es el Romanticismo con todas sus contradicciones y progresos en las tres vertientes humanas: cultura, sociedad, política-económica. Es, pues, comprensible que al ser superada por los acontecimientos de su propio tiempo, muchos de los cuales no comprendió en su auténtico significado, intentara retirarse a una parcela literaria más asequible a ella y menos dolorosa.

La influencia literaria de George Sand será considerable, tanto en el movimiento realista francés, como en sus imitadores europeos, sobre todo, en el tratamiento de ciertos problemas ya esbozados por ella, que más tarde serán ligazón y tesis de las novelas realistas (religiosidad, liberalismo, etc.).

*Sin embargo, no obstante sus méritos literarios, y sobre todo narrativos, quizá sea más interesante su propia figura real y humana, en su vertiente feminista y como defensora de los derechos de la mujer en una sociedad de hombres, que la frustran constantemente. Sus heroínas, en quienes puso tanto de su personalidad, son superiores a los hombres que las admiran, las aman, las imploran, abruman con sus hipérboles, y generalmente, no las comprenden. Ellas, en lucha con el mundo entero, y a través del amor —tema central de su obra— se elevan por encima de las convenciones sociales hacia un ideal de independencia y de indulgencia; a través del amor se desarrolla la piedad y se ensancha el campo de su moral y el dominio de la conciencia.*

*Su adscripción, pues, al movimiento de liberación de la mujer y de las trabas sociales que la atan, será sincero e incondicional, pues ella se dio cuenta que la sociedad burguesa tendía a la alienación constante de la mujer, por medio de su creación más terminada: la mujer-objeto. Quizá sus planteamientos y tesis adolezcan de un excesivo ingenuismo y formalismo, pero ella, a lo largo de su tiempo, trató de luchar contra las trabas sociales que impedían, e impiden, una igualdad frente al hombre, aunque no viera que la manera de cambio no dependía sólo y en particular de la propia mujer, sino de un plan más vasto que por aquellos años comienza a debatirse y continúa en nuestros propios días.*

*George Sand fue muy traducida en su tiempo y las ediciones de sus obras numerosas. En Rusia, Puskin y Dostoyevski, entre otros, fueron sus fervientes admiradores. En España, empezó a ser conocida en la segunda mitad del siglo XIX y algunos de los temas centrales de sus novelas, en particular las de la primera y segunda época, influyen en nuestros escritores realistas. Un ejemplo es la obra de Galdós, Marianela.*

MILAGROS F. POZA

## I

En el mes de marzo de 1860 acababa yo de acompañar desde Nápoles a Niza, en calidad de médico, al barón de la Rive, un antiguo amigo de mi padre, un segundo padre para mí. El barón era Seo y generoso, pero yo me había impuesto como un deber el consagrarle *gratis* los primeros años de mi carrera médica; había salvado a mi familia de más de un desastre; todo se lo debíamos; se vio obligado a aceptar mi sacrificio, y le aceptó gustoso porque se hallaba dotado de un gran corazón. Atacado los años antes por una enfermedad bastante grave, había recobrado la salud en Italia; pero le aconsejé que espetase en Niza la verdadera buena estación del año, antes de exponerse de nuevo al clima de París. Siguió mi consejo, se estableció aún por dos meses en Niza y me restituyó mi libertad, cuya privación por lo demás, se había hecho sentir muy poco, merced al trato ameno de mi anciano amigo, y al encanto del viaje. Teniendo yo que arreglar algunos intereses en la Provenza y que liquidar una exigida herencia de familia por cuenta de mis padres, establecidos en la Auvernia, me detuve en Tolón y pasé allí tres meses, durante los cuales ocurrieron los sucesos íntimos que voy a referir.

*Monsieur* de la Rive había hecho ya una residencia forzosa de varias semanas en aquella ciudad al principio de su viaje; por lo cual me relacioné con algunas personas, y el país no me era completamente desconocido. Entre estas relaciones pasajeras, había una cuyo recuerdo tenía singular atractivo para mí, y en cuanto llegué supe con gusto que el

alférez La Florade había ascendido a teniente de navío y se hallaba a bordo del buque de guerra *Bretaña*, surto en la rada de Tolón. La Florade era un provenzal, criado y educado en el mar, y desembarazado, al parecer, de su color local, pero siempre provenzal de pies a cabeza, es decir, muy activo y muy vivo de genio, de sentimientos, de carácter y de constitución física. Era para mí un tipo de su raza en lo mejor y más distinguido que tiene. He conocido pocas naturalezas tan felizmente dotadas. Era más bien bajo que alto, bien proporcionado, ancho de hombros, diestro y fuerte; la cara era hermosa por su expresión, la boca grande; adornada con magníficos dientes, la mandíbula un poco ancha y cuadrada, sin ser pesada, el rostro cuadrado también, los pómulos altos, el cuello manco, fuerte y admirablemente atacado; la cabellera abundante, sedosa y demasiado rizada por sí sola, no obstante el cuidado que se tomaba de contrariar aquel capricho obstinado de la naturaleza; la nariz era pequeña, delgada y bien formada, el ojo verdoso, claro y penetrante, cejas oscuras bien arqueadas, y en torno de los párpados un ancho círculo azulado que se tornaba de un color de rosa vivo a la más leve emoción. Era éste un rasgo característico, mediante el cual se le había podido especificar en una filiación y que sólo en él he visto; era una singularidad más bien que una belleza, pero sus ojos ganaban en luz y en expresión, mientras que a su fisonomía le daba esa movilidad que siempre me ha gustado tanto, y que he apreciado como el indicio de una plenitud y de una sinceridad de expresiones rebeldes a toda sujeción, e incapaces de toda hipocresía.

Tal como era, sin ser un buen mozo insípido o insolente, llamaba la atención y agradaba a primera vista. Sus modales vivos, cordiales, un poco turbulentos y que a cada instante revelaban una sensibilidad fácil, correspondían al encanto de su figura. Su inteligencia despierta, de rápida comprensión, muy a propósito para investigar y retener, dos facultades que generalmente son exclusivas una de

otra, hacían que fuese un excelente marino, así como hubiera podido ser un buen artista, un industrial, un abogado, un coronel de húsares o un poeta. Tenía esa especie de aptitud universal, que es propia de los franceses del Mediodía, raza griega con mezcla de gala y de romana: inteligencias más dotadas de superficie que de profundidad, puede decirse que tienen como gusano roedor, y muchas veces como principio de esterilidad su propia facilidad y su misma fecundidad.

Afortunadamente, para Jacinto de La Florade, había sido lanzado muy temprano por la fuerza de las cosas a una especialidad que dominaba todo capricho. Aunque sabía dibujar bastante bien y cantaba con una voz encantadora y un método agradable, aunque hacía versos en algunas ocasiones y leía con ardor y penetración toda clase de libros, aunque poseía algunas nociones de ciencias naturales y tenía afición a las investigaciones, era marino ante todo; su corazón y su inteligencia, lo mismo que su cuerpo y sus hábitos, se habían casado por inclinación con *la grana aculada*, que era como llamaba alegremente al mar.

—Sé muy bien, decía, que nuestro hermoso siglo todo lo ha criticado, y que la crítica no es ya sino lo que enseña a mirar con tedio todas las cosas. Vosotros, jóvenes de París, gastados, respecto de los placeres que os provocan, os reís gustosos de un hombre de mi edad (La Florade tenía entonces veintiocho años), que ama con pasión a la querida más austera, más pérfida, más implacable... Creéis que esto es ser un bruto, ávido de emociones violentas, y conocí a un literato que me aconsejaba me hiciese arrancar una muela de vez en cuando para saciar esta necesidad de situaciones críticas y desagradables. A su modo de ver esto era mucho más cómodo y más rápido que el ir a buscar las situaciones apuradas y espantosas a tres mil leguas de mi casa. Yo os digo que esos caracteres denigrativos son unos enfermos hipocondríacos, y que les falta un sentido, ¡el sentido de la vida nada menos!

La Florade raciocinaba lo mismo respecto de sus demás pasiones. Consideraba como una especie de punto de honra el sentir de un modo muy vivo los agujones de aquéllas. Adoraba y mimaba en sí mismo a todas las facultades de la felicidad y del subimiento. Consideraba casi como una cobardía indigna de un hombre a la prudencia que se abstiene y se priva por temor de las consecuencias, de un momento de energía. No quería avasallar ni dominar al destino; se envanecía con abrazarle y saltar con él a los abismos, diciendo que había más probabilidades ventajosas para los audaces que para los cobardes, y que importaba muy poco el vivir más o menos tiempo con tal que se hubiese vivido mucho y bien. Este sistema no llegaba hasta los malos extremos. Tenía una noción del bien y del mal que era sincera, ya que no escrupulosa, y sin reflexionar mucho acerca de ella, hallábase preservado del vicio por su temperamento de artista y por sus generosos instintos; pero no es menos cierto que, arrebatado por impetuosos apetitos y prescribiéndose a sí mismo el no resistirlos nunca, hacía que se aglomerasen sobre su cabeza borrascas muy temibles.

Así, pues, mi amigo La Florade no era un perfecto héroe de novela, como se verá por demás en el presente relato; pero con sus defectos y sus paradojas ejercía una especie de fascinación sobre cuantos le rodeaban. Yo era el primero que sufría esa influencia un poco vertiginosa; yo era joven y no había tenido juventud. El deber, la necesidad, la conciencia me habían creado una vida de abnegación y de sacrificios. Al cabo de algunos años de estudios austeros, en los cuales halda gastado con avaricia mis fuerzas vitales, a las que consideraba como el instrumento del trabajo, que había de pagar las deudas de cariño y de honra que mi familia tenía contraídas con *Mr. de la Rive*, acababa de pasar dos años junto a aquel anciano tranquilo, paciente con sus males y dotado de un valor a toda prueba para vencer a la enfermedad por medio de un régimen implacable. En cali-